

BARAHONA PLAZA, Ángel J.
Universidad Francisco de Vitoria

@ a.barahona.prof@ufv.es

Rodríguez de la Peña, Manuel Alejandro
*Imperios de la crueldad. La Antigüedad clásica
y la inhumanidad*
Madrid, Encuentro, 2022
608 p.

Qué libro podría resultar más atractivo para la escuela girardiana que uno que lleva por título *Imperios de la crueldad. La Antigüedad clásica y la inhumanidad*, de Manuel Alejandro Rodríguez de la Peña, recientemente publicado por la editorial Encuentro.

El autor, catedrático de Historia medieval en la Universidad CEU San Pablo, sigue en este libro un claro hilo conductor a la hora de leer la historia. Podríamos traer a cuento la visión shakesperiana de la escena V de *Macbeth* que nos dice que la historia es el relato contado por un loco lleno de furia y de rabia. La violencia y la crueldad, a la vez que sus antitéticas, a saber, la compasión y el amor, se dan sin solución de continuidad en la historia de la humanidad.

En este libro Rodríguez de la Peña nos deleita con un recorrido por la historia con guiños a la teoría mimética, con incursiones en la ética y filosofía de las religiones, en la lectura de los grandes clásicos, atendiendo a la vez a la filosofía política, iluminando al mismo tiempo los acontecimientos actuales a partir de su gran conocimiento y de su inequívoco compromiso ético.

El autor no para mientes cuando trata de evaluar la eticidad de los grandes regímenes e imperios de la historia cuyo principio fundamental ha sido el ejercicio del terror, el sacrificio, la masacre, el exterminio genocida. Imperios griego o romano, y otros muchos anteriores y posteriores, ejerciendo la crueldad sin pudor cuando se trataba de conquistar, prevalecer, sostener el orden social, o imponer su forma de ver el mundo. Traer a colación el hecho religioso y la valoración ética es una novedad en un libro que va más allá de ser una colección de relatos históricos. Anclado en la historia clásica, nos lleva de la mano hasta Grecia y Roma para hacer una lectura amable, accesible a no expertos, sin perder por eso un ápice de interés científico y el respeto al dato académico. Al mismo tiempo que resulta una lectura amable, el discurso está lleno de datos, textos, informes, comentarios que hacen que la obra sea un monumento a un tema que, como tal, pocas veces ha sido acometido en plan monográfico.

Su recorrido por la inhumanidad de los regímenes políticos toca los temas candentes del pasado: el sacrificio humano, la esclavitud, el sadismo político, la violencia sexual, la violencia familiar, el infanticidio, la pedofilia, las masacres en la Antigüedad clásica.

Retoma en uno de los capítulos intermedios, antes de establecer una hermenéutica de la historia comparando esa Antigüedad clásica con los imperios que gestionan la crueldad en la modernidad, el tema de la compasión que ya había tratado en un libro anterior. En este capítulo intermedio recoge el humanismo socrático y el humanismo estoico como correa de transmisión de esa fórmula ética que trata de paliar la crueldad recurriendo y dando crédito a la razón.

En el capítulo titulado «El retorno de la Antigüedad y los imperios de crueldad de la modernidad», nos aventura en una mirada sobre la Edad Media, la Ilustración, la Revolución francesa, el Imperio napoleónico, el colonialismo, poniendo los datos que aporta en relación con Hitler y el Tercer Reich. El denominador común es que esas épocas de crueldad inusitada se inspiraban en esa Antigüedad clásica. Nos cuenta la fascinación que sentían Napoleón, Stalin, Hitler o Mussolini por la Grecia y la Roma clásicas. Estos personajes, en un intento de emular esos episodios de gloria, ponían solo sobre el tapete el esplendor mítico-épico de las historias y los logros adjudicados a esas culturas. En el imaginario colectivo de sus pueblos se obviaba el olor a sangre de las masacres de los abusos de la esclavitud y de las guerras que produjeron.

La introducción en el relato de personajes creadores de religiones, filósofos, historiadores, notarios de la realidad histórica en políticos como Heródoto, Jenofonte, Tucídides, Tito Livio Esquilo, Lutero, Calvino, Robespierre, Nietzsche, Gibbon, Hannah Arendt, Max Weber, Winston Churchill, Simone Weil, Walter Benjamin, William Frennd, Asko Timonen, Eric Voegeling, Gentile, Domingo González, René Girard, van apareciendo como relatores o comentaristas de los diferentes temas relacionados con la crueldad que nos propone el autor, lo cual nos da una idea de la riqueza inmensa de su análisis. Masacres, sacrificios, escenarios trágicos, genocidios, eugenésias, exterminios, campos de concentración inhumanos, fusilamientos, y demás términos imaginables, recorren las obras de estos autores bien traídos a colación por nuestro autor.

El libro, por tanto, no rehúye hacer juicios de valor acerca de lo que está relatando. No es un tratado de historia al uso. Está lleno de verdades incómodas a las que tiene que enfrentarse el lector que quiera entrar en diálogo con la Historia. La aplicación práctica a la comprensión de los tiempos actuales es fácil de hacer. No porque la Historia sea una repetición monótona de eventos de crueldad, sino porque los interrogantes de los hombres que la protagonizan son los mismos, y las respuestas, en su originalidad, guardan cierta similitud, aunque la creatividad de los modos y las razones para ejercer la crueldad sea casi infinita.

En el capítulo tercero, un análisis desde el punto de vista ético nos introduce en conceptos hoy en día de vital importancia: qué es la paz, qué es la guerra, qué es el enemigo...; haciendo un recorrido por la compasión y la humanidad del mundo clásico dialoga con Sócrates, con los estoicos, Platón, Aristóteles, Cicerón, etc., con una profundidad propia más de un filósofo que de un historiador.

Subyace a toda la obra un intento de análisis riguroso de las raíces auténticas del espíritu europeo. Como él mismo dice, no se trata de contraponer los elementos grecorromanos y cristianos sino de combinarlos, porque es la única forma de entender lo que ahora es para él una cultura en ruinas.



Por lo que a nosotros respecta es importante destacar el uso que hace de las tesis de otros autores y las dianas donde estos ponen la flecha. Como no podía ser de otra forma, en un tema como este, no podía faltar nuestro experto en la violencia —René Girard—. Es fundamental su concurso en el intento de comprensión de la relación entre las culturas clásicas y su vertebración religiosa. No podíamos no encontrarlo citado cuando aparecen el concepto de sacrificio, los rituales sangrientos, la rivalidad fratricida, que constituían la base fundamental de la relación entre la política y la religión. La aseveración que trata de probar es que los nuevos imperios modernos, derivados de las filosofías del siglo XIX, y que miran a Grecia y Roma, también pueden ser considerados fórmulas seudoreligiosas que mantienen en su aparataje rituales sacrificiales, cierto tipo de liturgias culturales, dejes claramente fundamentalistas y fanáticos que solo necesitan crédulos y no justificaciones racionales: el fascismo, el nazismo o el comunismo, pretenden ser mesiánicos, llevar a los pueblos por su identidad étnica, por su pertenencia a una determinada clase social, a una salvación secular que implica masacrar a todos aquellos que no quieran participar del panorama futurista que estos visionarios les comunican.

El mesianismo de estas filosofías decimonónicas y su correlato histórico, evidentemente, son una herencia de la cultura judeocristiana de la que, como dice Chesterton, toman las ideas geniales y las trastornan. Ideas que, pasadas por los sueños de la razón, se vuelven monstruosas con consecuencias terribles para la humanidad.

Entre las páginas más bellas del libro se encuentra una de las muchas alusiones a Girard. Después de hacer un recorrido por los humanistas griegos y romanos, nos propone la «gran revolución ética del cristianismo» según Girard, «que consiste en la revelación de la inocencia de las víctimas».

Dice en la página 396: «Así nacía un nuevo humanismo de raíz profundamente religiosa que no solo moderó la violencia en el seno de las civilizaciones donde se produjo una cierta aculturación cristiana, sino que además canalizó parte de sus energías hacia el humanitarismo con los más débiles. Debido a ello, la descristianización intensiva de las élites intelectuales del mundo occidental en los siglos XVIII y XIX tendría consecuencias fatales. El sueño de una razón ajena u hostil al hecho religioso engendraría monstruos éticos tales como el terrorismo jacobino, el bolchevismo o el nacionalsocialismo. Como señalara en su día el gran Henry de Lubac, humanismo positivista, humanismo marxista, humanismo nietzscheano son, más que ateísmo propiamente dicho, un antiteísmo, y, más concretamente, un anticristianismo por la negación que hay en su base».

De esta manera, a partir de aquí, nos introduce ya en el cuarto capítulo, en el que trata de relacionar los imperios de la crueldad antiguos con los de la modernidad, que se inauguran según él a partir de la crítica de los grandes filósofos ateos al cristianismo.

Lo más interesante son las páginas dedicadas a la personalidad de Hitler. Despierta la sed de estudios acerca de Stalin y otros personajes del mismo corte. De momento la de Hitler es sobradamente interesante. Destacan los comentarios sobre las conversaciones que este mantuvo con diversos personajes de su entorno —extraídos de la obra de Hugh Trevor-Roper y Johann Chapoutot—, como por ejemplo Rosenberg, Speers, Rauschning, Himmler, etc. Todos describen a este hombre como un megalómano, con cierta cultura histórica, aunque caótica y sesgada —lector de Gibbon y Voltaire—, racionalista que odiaba al cristianismo pasado por el tamiz de Nietzsche, que buscaba reproducir un imperialismo racista, como dice el título de



uno de sus capítulos. Por último, destacar el interesante apartado dedicado a la envidia mimética que sentía por el colonialismo británico, que fue su modelo, sobre todo en sus episodios de crueldad, y a la atracción que sentía por las masacres del rey Leopoldo de Bélgica en el Congo, o de Stalin y el *Holodomor* ucraniano programado por Stalin, del genocidio armenio por parte de los turcos —siempre sus aliados— y otros eventos genocidas, desde la perspectiva mesiánica de limpieza étnica planetaria.

